

PACO IGNACIO TAIBO II

# No habrá final feliz

Una historia de  
Belascoarán Shayne



¿Quién mató al romano con calcetines que apareció degollado en el baño? ¿Qué tenía que ver toda esta extraña historia con los tenebrosos halcones y los trágicos sucesos del 10 de junio?

Belascorarán Shayne de nuevo en las calles.

Una novela fundamental del creador de la nueva literatura policiaca mexicana, Paco Ignacio Taibo II.

Evidentemente, la historia y los nombres que se manejan en esta novela pertenecen al reino de la ficción. El país, sin embargo, aunque cuesta trabajo crearlo, es absolutamente real.

PIT II

Para Paloma (la Pecas), por siempre.

... enviadme libros con finales felices,  
que el avión pueda aterrizar sin novedad,  
el médico salga sonriente del quirófano,  
se abran los ojos del niño ciego,  
se salve el muchacho al que mandan fusilar,  
vuelvan las criaturas a encontrarse las unas con las otras,  
y se den fiestas, se celebren bodas.

NAZIM HIKMET

País sordo, ciudad quemada.  
La hoguera nos llama,  
hoy por hoy,  
no habrá final feliz.

PIT II

I

Vienen tiempos nuevos sobre mí.  
Sobre las ansias mías.

PIERO

—Jefe, hay un pinche romano muerto en el baño.

—Cuando acabe de mear, dígame que pase —contestó Héctor Belascoarán.

Una tarde suave, cálida, pachorróna, que no quería acabar de irse, colgaba de la ventana.

—Me cae de madre, no es guasa —dijo desde la puerta Carlos Vargas, tapicero y compañero de despacho del detective.

Héctor miraba las nubes que se desplazaban lentamente sobre el techo de su pedazo de ciudad.

—¿Trae lanza o no trae lanza?

—¡Me cae que está muerto!

Héctor se levantó del sillón de cuero donde había consumido la tarde y miró a Carlos.

El tapicero estaba apoyado en la puerta, la cara demudada y en las manos un martillo, con el que hacía molinetes.

Cojeando, un poco por una vieja herida y otro poco porque había perdido un zapato al levantarse, Héctor caminó hacia la puerta del despacho. Su mano izquierda fue al pelo, alborotándolo, como si quisiera con el gesto sacudir la modorra.

—¿Trae casco o no trae casco? —Intentó una última broma, pero la rigidez de la cara de Carlos no varió.

¿Había un romano muerto en el baño?

Carlos abrió la marcha hacia el fondo del ruinoso pasillo, la luz de la tarde se filtró a través de la puerta mostrando las paredes descascaradas y pintadas de un verde maligno.

—Sí trae casco —dijo Carlos empujando la puerta del baño.

Sentado en la taza del excusado, un romano con la garganta cercenada miraba hacia el suelo.

La sangre escurría lentamente sobre el peto de latón, corría por la breve falda, recorría las piernas peludas y moría en una de las sandalias. A un lado del muerto estaba la lanza, y sobre su cabeza un casco con un penacho rojizo.

—No, me cae, ahora sí ya se pasaron —masculló Héctor mientras levantaba suavemente la cabeza del muerto tomándola por la barbilla. Un tajo de seis o siete centímetros recorría la garganta.

—¿Quiénes?

—Los cabrones que mataron a éste.

El muerto lo miraba desde sus cincuenta años, sus ojos saltones, su barba mal rasurada, su papada abusiva. No pudo evitar que un escalofrío le corriera por el cuello y la espalda a pesar de lo ridículo de la situación.

Al soltar la cara, la barbilla volvió a caer sobre el pecho cubriendo en parte el tajo que seccionaba la garganta. Héctor tenía la mano manchada de sangre; la limpió en la falda del romano.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo registramos —contestó Belascoarán.

Y metió la mano bajo el peto metálico lleno de dibujos de dragones y espadas. De la bolsa de una camisa que tenía las mangas cortadas para darle al romano aire de época, sacó algunas cosas.

—Unas llaves de carro, cien pesos, propaganda de una sastrería, un recibo de luz... —recitó mientras guardaba pieza a pieza el botín en el bolsillo de sus pantalones.

—Trae algo en los calcetines —dijo Carlos.

Héctor sacó una credencial enmicada de uno de los incongruentes calcetines cubiertos por las sandalias. La echó en el bolsillo sin verla.

—Vámonos, vecino.



—¿A dónde?

—A cualquier lado, esto no me gusta. No me pasa que maten romanos en el baño de nuestro piso.

El tapicero, martillo en mano, abrió la marcha hacia el despacho. Héctor lo adelantó.

La tarde se estaba marchitando. Buscó el zapato bajo el sillón, tomó la chamarra del perchero, sacó la automática .45 del cajón del escritorio y la puso en la funda sobaquera. Cerraron la puerta.

Entonces, el motor del elevador inició su ronroneo.

—¡Por las escaleras!

—¿No será Gilberto? —preguntó Héctor.

Los dos hombres se quedaron mirando la reja metálica. Desde el cubo del elevador, una canción rompió la mezcla de respiración contenida y ruido de motor. Una canción ranchera, cantada a todo volumen por una voz desafinada.

—Es Gilberto —dijo Héctor, Carlos afirmó.

—Quihúbo —dijo el plomero, tercer miembro de la extraña comunidad de aquel tercer piso de Artículo 123, al abrirse las puertas del elevador.

—Vámonos —dijo Héctor.

—Qué prisas, uno viene llegando con ganas de chamber, y luego dicen que uno es huevón, que no quiere... — Intentó argumentar Gilberto mientras sus compañeros de despacho lo empujaban hacia dentro del elevador y apretaban el PB.

—Hay un romano muerto en el baño —dijo Carlos.

—¿De los romanosmocos? —preguntó solícito Gilberto Gómez Letras.

—De los de una pinche rajadota de acá hasta acá — contestó Carlos señalando gráficamente la garganta.

—No mame, seguro que se traen una movida... Deje ver, contrataron una secretaria sin que yo lo supiera y se la estaban tirando por turnos...

Héctor, silencioso, se apoyó en la esquina del elevador. ¿Quién querría involucrarlo en un asesinato y por qué?

¿Qué mamada era esa de matar a alguien vestido de romano? Eso no se podía hacer.

—... y seguro que la secretaria se llama Graciela Putricia.

La puerta del elevador se abrió, los tres hombres salieron a la calle, Gilberto tratando de convencer a sus compañeros de que le permitieran subir para conocer a la secretaria nueva.

Sorteando los coches, cruzaron hasta el café de chinos de enfrente. Héctor escogió un apartado desde el que se pudiera ver la entrada del edificio. Comenzaba a oscurecer.

—Dos cafés con leche, donas y un chocolate... —pidió Héctor. El dueño del café asintió—. Y déjenme pensar tanto —dijo el detective.

—No es broma vecino, hay un romano muerto allá arriba.

—¿Y no hay romanas?

—Usted no es fino, usted puras putonas de las de Nezahualcóyotl, las romanas sólo para gente con categoría.

El tráfico en la calle arreciaba. Entre los coches dos bo-leros jugaban al fútbol con una pelota de papel.

—Ahí va entrando el Gallo, deténganlo y tráiganselo para acá —dijo Héctor. El tapicero, que ocupaba el asiento exterior del reservado, se lanzó a la calle; un coche frenó ruidosamente.

Un instante después, el ingeniero en cloacas Javier Villareal, alias el Gallo, compartía el reservado con sus tres vecinos.

—¿Qué dice este pinche loco de un romano muerto?

—¿Me cree si le digo que hay un romano muerto en el baño? —dijo Héctor.

—Qué me queda... En dos años que llevo en esa oficina ya me tocaron dos tiroteos, una caja de refrescos envenenada, la fiesta de un kindergarden; que don Gilberto subarrendara el despacho para que ensayara un conjunto

tropical, y que un viejito tratara de darme una puñalada... Romanos más o romanos menos...

—¿Y está bien muerto? —preguntó Gilberto.

—Un chocolate con donas —pidió el Gallo.

En las primeras horas de la mañana, un mensajero en motocicleta llevó hasta la casa de Héctor Belascoarán Shayne un sobre color manila. Recibió una propina y se fue. Héctor quedó con la puerta del departamento abierta, los ojos aún turbios, y el sobre en la mano.

Después de tomarse dos jugos de toronja manufacturados con polvito verdoso, se sentó ante la mesa de la pequeña cocina y abrió el sobre: media cuartilla con un recado escrito a máquina: No te metas, un boleto de avión para Nueva York a su nombre, y una foto de polaroid donde se veía nítidamente un hombre con la garganta destrozada por una navaja.

Otra vez la muerte.

Perdió diez minutos buscando la cajetilla de cigarros, hasta hallarla bajo la almohada, cerró la puerta de la casa, que se había quedado abierta, y volvió a la mesa de la cocina a ver la foto.

Las primeras horas de la mañana lo desconcertaban, estaban tan huecas, tan torpes, llenas de una sensación de irrealidad, que lo hacía desconocerse.

El muerto en la fotografía era más joven que el romano, sin embargo, tenía el pelo grisáceo en las sienes, cortado a cepillo y una cara cuadrada con la mandíbula dura. No se podía apreciar más porque la cabeza estaba lanzada hacia arriba a causa de la cuchillada. Lo habían sentado en una silla y tenía las manos atadas al respaldo con algo que no parecía cuerda, sino más bien un alambre.

«Un policía», pensó Héctor sin saber por qué; quizá por el pelo a cepillo, o por el traje gris mal cortado, que vagamente le sugerían la imagen de la policía secreta, de los

porteros de hotel de lujo, de los prestamistas en la entrada del Monte de Piedad.

¿Y qué demonios tenía todo esto que ver con él? No estaba metido en nada, llevaba dos meses de contemplación cuasibudista de las calles del centro de la ciudad, dando interminables paseos, hurgando en las vecindades, regateando en las librerías de viejo, viendo las nubes o el tráfico desde la ventana de la oficina. Dos meses a la espera de algo en lo que mereciera la pena poner la vida. Y ahora esto: dos muertos y un billete de avión a Nueva York para que no metiera las narices en la historia. Pero, si no querían que metiera las narices en la historia, ¿para qué le ponían al romano en el baño y le mandaban la foto del otro?

Mientras se bañaba con agua fría, porque el calentador de gas no funcionaba, tomó una decisión insospechada para tratarse de él: decidió esperar un día más antes de optar por hacerse a un lado o meterse en la historia. Dos minutos más tarde había cambiado de opinión.

—¡Que se vaya a Nueva York su puta madre! —dijo estremeciéndose por el frío.

Cautelosamente, recorrió el pasillo y abrió la puerta del baño sólo para descubrir lo que resultaba evidente (quién sabe por qué, quién sabe cómo, pero evidente al fin y al cabo): que el romano había desaparecido. Quedaba la huella parduzca de la sangre, y un olor vago que Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente, atribuiría desde entonces al olor que va dejando tras de sí la muerte.

Cerró la puerta y contempló a sus tres vecinos que esperaban curiosos en la puerta del despacho situado al final del pasillo y cerca de las escaleras.

—No está. Se fue —dijo lacónico y avanzó hacia el despacho.

—Y yo que nunca lo vi —se quejó Gilberto.

—Era un romano medio chafa, traía calcetines —observó el tapicero.

Héctor dejó a los dos hombres en el pasillo y entró al despacho.

El día anterior había montado guardia hasta las doce de la noche desde el café de chinos porque estaba seguro de que algo así iba a ocurrir, pero el sueño lo había vencido y se había retirado. Después de todo, era un motivo para ponerse contento, la intuición le funcionaba.

Tomó la chamarra del perchero y se dispuso a salir cuando sonó el teléfono. El Gallo Villarreal levantó la vista de su restirador, donde estaba dibujando una mujer desnuda sentada en un taburete, y se quedó mirando el aparato.

—¿No es muy temprano para que esté aquí, ingeniero?

—Vine a ver al romano.

—Se la peló, lo lamento —dijo Héctor tomando el auricular.

Al otro lado de la línea, su hermana Elisa lo invitaba a comer. Dijo que sí sin pensarlo dos veces y salió a la calle.

El frío le dio suavemente en la cara al llegar a la entrada del edificio y se le tensó un músculo facial, cerca de la cicatriz que cruzaba el ojo inútil resultado de un viejo combate. Siempre ahí, siempre recordando lo cerca que se podía estar, lo fácil que era irse a la mierda, lo culero del país y del oficio.

Metódicamente recorrió los posibles testimonios sobre la fuga del cadáver romano. Fracasó en la tienda de discos, con doña Concha, la mujer que lavaba las escaleras del edificio, con el chino del café, y triunfó al interrogar a Salustio, el tuerto del puesto de periódicos de la esquina.

A las seis de la mañana habían sacado del edificio una caja, «como de refrigerador chico», entre dos hombres y la habían cargado en un camión de mudanzas. A la misma hora que llegaba a su casa la foto del segundo muerto. No hubo descripciones de los hombres, ni señas particulares del camión. El tuerto se disculpó.

—Con un ojo nomás, se ve de la chingada a las seis de la mañana, tocayo, y peor tantito si lo trai uno nublado del pedo de anoche.

Héctor decidió sumarse al torrente humano y ver si las ideas se ordenaban al ritmo de los pasos. Encendió un cigarrillo y comenzó a trotar por el centro de la ciudad.

¿Qué estaba pasando? Si no querían que se metiera, para qué le mandaban muertitos. ¿Qué chingaos estaba haciendo el romano en todo esto?

—¿Iztapalapa? Era diciembre el mes y no Semana Santa, no había conexión.

Cruzó la Alameda mirando a un globero y a dos niños que lo seguían. Al llegar a avenida Hidalgo se acercó a la bola que estaba contemplando cómo un cortocircuito en el motor había incendiado una panel de la policía.

Dos agentes uniformados trataban de apagarla sin que nadie se ofreciera voluntario para echarles una mano. Ah qué los mexicanos, mirones y malosos con la ley, pensó cuando la panel estalló en medio de un bellissimo fuego de artificio. Los mirones, que sumaban cerca de un centenar, aplaudieron y luego comenzaron a retirarse ante las miradas de odio de uno de los policías, que traía un máuser en las manos.

—‘tuvo buena la explosión —dijo un vendedor de lotería.

Héctor asintió.

—Lástima que no volaron los dos culeros ésos —dijo un preparatoriano cargado de libros que pasó veloz a su lado para tomar el camión.

—Lástima —dijo una vendedora de elotes a la que los dos policías estaban extorsionando cuando se inició el fuego y que recuperaba el carrito encargado con dos niños.

—Lástima —repitió Héctor. Encendió otro cigarrillo y se fue a comer.

—Tú lo conoces mejor que yo, dime si me tengo que preocupar o si me tiene que valer sombrilla.

—Yo no conozco un carajo, me deja siempre frío, él y sus cuates hablan en una clave que no entiendo. Son dueños de cosas más grandes de las que yo tengo. Yo no tengo nada...

—Ya párale o abro la ventanilla del departamento de quejas —dijo Elisa que sostenía la conversación mientras traía a la mesa platos, vasos, saleros, pan, servilletas de papel y dos platos con un estofado de carne oloroso y saludable. Héctor se rió francamente por primera vez en un par de días. Se le estaba quedando la boca chueca de mantener el humor controlado con una media sonrisa.

—Además por qué está bebiendo, ¿qué pasa?

—Eso pasa. ¿Por qué bebe?

—No le des vueltas, Elisa, hermanita, ¿tú piensas que trae broncas? Dime lo que crees y no andes dándole rodeos.

—Tiene algo muy jodido entre las manos. Lo he visto dos veces esta semana y las dos veces lo vi triste, apagado. Una de ellas medio bebido. Fui otra vez a su casa y estaba dormido y bien ahogado, apestaba a ron el cuartito. No me gustó.

—¿Estás segura?

—No me atreví a decir nada, ni a meterme... Soy una pendeja, no le tengo confianza a mi hermano para hablar con él.

—A mí me pasa lo mismo contigo, idiota.

Elisa abrazó a Héctor.

Las pecas le brillaban con la luz del sol que entraba de refilón por la ventana del pequeño departamento.

—Lo invité a comer, dijo que no podía, pero que lo esperaríamos para el café.